



Monográfico:
**“Naciones y
nacionalismo”**
Estudios

Francia y España: diferentes significados del concepto de unidad

France and Spain: different meanings of the concept of unity.

Barbara Loyer

Instituto francés de Geopolítica
Universidad Paris 8
barbara.loyer@wanadoo.fr

Fecha de recepción: Junio 2006

Fecha de aceptación: Septiembre 2006

PALABRAS CLAVES: nacionalismo francés, nacionalismo español, Bretaña, Córcega, País Vasco, Cataluña. KEY WORDS: French and Spanish nationalism, Bretagne, Corsica, Basque Country, Catalonia.

Abstract. This article sets out a comparative analysis between the French and Spanish nationalism by looking into the differences and similarities existing between the Basque Country and Catalonia on the one hand and Corsica and Bretagne on the other. While Bretonne nationalism was largely compromised by its collaboration with the Nazi authorities during the Second World War, its comparison with Basque Nationalism offers some interesting findings. Studying the link between nationalism and economy does also reveal how the nationalist ideology has spurred Bretagne's economic growth. The coming nationalism scenario present us with many uncertainties related to demographic evolution and growing immigration. These might affect the scope of the different nationalist ideologies in both countries.

Resumen. El artículo establece una análisis comparativo entre el nacionalismo español y francés, indagando en las diferencias y los puntos de conexión. Lógicamente los vectores de la comparación son el País vasco y Cataluña, por parte de España, y Córcega y Bretaña por parte de Francia.

Interesante la aportación de rasgos que asemejan el nacionalismo vasco al nacionalismo bretón, que sufrió un gran revés tras la segunda guerra mundial por su colaboracionismo con los nazis. Analiza la relación entre nacionalismo y economía, desvelando cómo la ideología nacionalista ha supuesto un apoyo al desarrollo económico en Bretaña. El panorama del futuro del nacionalismo, tanto en España como en Francia, se muestra incierto, teniendo en cuenta los factores de la evolución demográfica y el fenómeno de la inmigración creciente, que pueden afectar al alcance de las ideologías nacionalistas

Francia: una nación que quiere ser homogénea

Francia tiene fama de estar muy centralizada, a diferencia de España, que es un paradigma de la descentralización hasta el punto de que muchos consideran plausible la posibilidad de una secesión vasca o catalana. Sin embargo también es patente que Francia y España forman parte de la familia de los Estados de Europa más antiguos. En un bien elaborado atlas geopolítico, titulado “Fragmento de Europa”¹, hay un mapa sorprendente que tiene como título “Europa, campos de batalla” y representa “dos siglos y medio de guerras entre naciones y de guerras civiles europeas”. El mapa muestra sobre un fondo uniforme puntos azules representando enfrentamientos internacionales, y puntos rojos representando enfrentamientos interiores o internos (guerras civiles). Europa oriental, el norte de Francia y el territorio belga están cubiertos de puntos azules; el resto de Francia y la península ibérica, lí-

mite occidental del continente, están sembrados de puntos rojos que revelan la fijación precoz de las fronteras en este espacio (salvo al este y al norte de Francia). Sin embargo, pese a esta característica común, España y Francia han tenido evoluciones geopolíticas bastante diferentes.

En la revista *Hérodote* se llama “geopolítica interna” al estudio de los conflictos de poder en territorios pertenecientes a un mismo Estado. Este concepto se ha forjado bajo la pluma de Béatrice Giblin para calificar el objeto de su tesis, que versaba entre otros temas sobre las rivalidades entre comunistas y socialistas por el control del electorado de la cuenca minera del Paso de Calais septentrional. El estudio del proceso de descentralización que conoce actualmente Francia (regionalización, formación de comunidades urbanas que se nutren de un porcentaje del impuesto profesional si son

municipios de más de 500000 habitantes,...) concierne a la geopolítica “interna”. En España el estudio de las estrategias de los políticos de las comunidades autónomas de Valencia y Cataluña para extender sus respectivas influencias económicas atañe a la geopolítica interna, como también ocurre en lo relativo al deslinde de competencias entre los poderes autonómicos y municipales (como por ejemplo en Madrid) o a la lucha de los no nacionalistas vascos por equilibrar la evolución política de la comunidad de Euskadi.

Es bastante extraño hablar de geopolítica interna para referirse al análisis del pasado. Pero es esto lo que está en juego: estudiar cómo diferentes grupos insertados en un Estado han luchado por imponer su concepción del poder y de la nación. En Francia hubo en el momento de la revolución francesa enfrentamientos que nadie califica hoy de guerra civil (por ejemplo la guerra de Vendée), y en el seno de la Asamblea nacional se opusieron concepciones bastante diferentes de la nación. En España es conocido el complejo conglomerado de concepciones centralistas, federalistas, cantonalistas y fueristas que coexisten en la nación desde el siglo XIX.

No se va a contar aquí de nuevo una historia bien conocida, pero sí conviene recordar brevemente que en Francia ha habido reyes que tenían una alta idea del Estado (“el Estado soy yo”, dijo Luis XIV), y que la revolución de 1789 hizo tabla rasa de las rivalidades territoriales del antiguo régimen, poniendo de manifiesto la nueva organización de los departamentos en un contexto revoluciona-

rio que le ha influido más globalmente que en España la provincialización de 1833. Política y administrativamente todas las delimitaciones territoriales del antiguo régimen ya han desaparecido. Desde finales del siglo XIX Francia ha conocido tres guerras internacionales contra el mismo enemigo, Alemania, que ha ocupado en cada ocasión una parte de su territorio, Alsacia y el norte de Lorena². Estas guerras tienen una importancia capital en la adecuación en Francia entre el territorio del Estado y el de la nación. La ideología nacional enraizada en la monarquía es por ejemplo masivamente difundida a partir de la reacción suscitada por la pérdida de Alsacia y Lorena en 1871. Los gobernantes creyeron que los soldados alemanes habían ganado la guerra porque el sentimiento nacional era más fuerte al otro lado del Rin, gracias al sistema educativo que había hecho germinar en los corazones de los niños el amor a la patria alemana. La aparición de la educación laica y obligatoria en Francia fue proyectada como una escuela de formación del espíritu nacional. Utilizo este término a sabiendas porque es de todos conocidos que en España estos cursos fueron instituidos por el general Franco tras su victoria sobre la España republicana; estos cursos fueron vividos como una humillación por una parte de los españoles (después, con los años, como un entretenimiento para los alumnos), mientras que en Francia fueron verdaderamente asimilados por la juventud. Los historiadores han subrayado mucho hasta qué punto, en 1914, la generación que había sido escolarizada en este ideal partió para la guerra con “la flor en el fusil” para, se decía en la época, “recuperar Alsacia y Lorena”.

Esta historia de la Francia del Rin ha pesado mucho también en la formación de una nación que quería ser homogénea a pesar de y contra todas sus diversidades internas. En efecto, Alsacia y el norte de Lorena son germanófonas y los franceses han desarrollado una ideología hostil a toda concepción étnica de la nación para oponerse a las reivindicaciones “etnolingüísticas” de Alemania sobre Alsacia-Lorena. El geógrafo Vidal de la Blache, cuyo hijo murió en la guerra, escribió una obra magistral para explicar cómo los alsacianos habían hecho una elección revolucionaria de la nación contra la aristocracia germánica, cuando habían resistido silenciosamente la ocupación alemana (llevando sus industrias al otro lado de los Vosgos, por ejemplo). De igual modo la célebre conferencia de Ernest Renan (1883) llamada “¿Qué es una nación?” no hace referencia a la lengua a fin de evitar el escollo teórico de Alsacia que no tendría lugar en el esquema de una nación forjada por la lengua francesa. La gran reticencia francesa a la formación de “minorías étnicas” en el seno de la comunidad nacional encuentra ahí probablemente uno de sus orígenes. Paradójicamente la escolarización de las masas y la guerra de 1914-1918 van a acelerar la formación de una nación lingüísticamente homogénea, o al menos con mayor homogeneidad que otras³.

La nación a pesar de la colonización

Los franceses se preguntan hoy sobre la cohesión de su comunidad nacional, una comunidad nacional que puede debilitarse,

por una parte, a causa del crecimiento de conciencias regionales o regionalistas en regiones periféricas dotadas de una lengua local diferente del francés (Bretaña, País Vasco, País Catalán, Alsacia), y por otra parte por el hecho de que la población cuya presencia está vinculada en Francia a la historia colonial (inmigrantes de antiguas colonias o sus hijos y nietos) no asimila tan fácilmente la ideología nacional francesa como los emigrantes que vinieron a trabajar o a buscar refugio en el siglo XIX. Estos últimos, incluso siendo objeto de un racismo comparable al de hoy (el paso de Calais septentrional: a los polacos se les consideraba inadmisibles, y los italianos sufrieron con frecuencia actos de violencia en Marsella durante el siglo XIX), no dudaban en querer hacer de sus hijos unos franceses como los demás. El olvido de las lenguas o raíces familiares era percibido como vía para la promoción social en el seno de la sociedad francesa. Pero es una voluntad más difícil de llevar a la práctica cuando uno ha hecho la guerra contra el ejército francés, en el caso de los argelinos, y cuando ha visto con sus propios ojos las atrocidades racistas cometidas por franceses. En muchas familias la herida moral de la colonización se ha impuesto al interés que puede representar la integración en la nación francesa, y este malestar frente a la pertenencia a Francia de una parte de la juventud se expresa a veces muy violentamente⁴.

La víctima de este esquema de pensamiento es unívoca: las divisiones internas de la resistencia argelina contra Francia, por ejemplo, así como las luchas crueles que han provocado entre los propios argelinos,

son tabú tanto en Argelia como en Francia. No es extraño que la guerra de Argelia de la década de los noventa, en la que se han visto crímenes espantosos perpetrados por islamistas y militares contra argelinos indefensos, sea interpretada por las familias argelinas de Francia como una guerra importada del extranjero a Argelia. Es además una forma de escapar a la visión traumática de la guerra civil que debilita el sentimiento de pertenencia a una patria. La duda y las contradicciones sobre la pertenencia nacional de estos franceses cuyos padres son argelinos es, pues, complicada por la capa de silencios múltiples que recubre este país. Ocurre lo mismo con los negros que reivindican hoy que sean reconocidos los errores de la Francia esclavista con respecto a sus descendientes. En 2001 se ha votado una ley por iniciativa de Christianne Taubira, diputada por la Guayana Francesa según la cual “la República francesa reconoce que la trata de negros transatlántica y en el océano Índico, por una parte, y la esclavitud por otra, perpetradas a partir del siglo XV en las Américas y en los países caribeños, en el océano Índico y en Europa contra las poblaciones africanas, amerindias, malgaches e indias constituyen un crimen contra la humanidad”. “Los programas escolares y los de investigación de historia y ciencias sociales otorgaron a la trata de negros y a la esclavitud el lugar consecuente que merecen” para defender la memoria de los esclavos y el honor de sus descendientes.

Paradójicamente, la reivindicación de la igualdad desemboca hoy en día en estrategias comunitarias que intentan dar más visibilidad a los grupos que se consideran

desplazados del lugar al que ellos deberían tener derecho en el seno de la nación. El 26 de noviembre de 2005 se creó por ejemplo un “Consejo representativo de las asociaciones negras” (CRAN) por unas sesenta asociaciones de ciudadanos negros. El lugar simbólico elegido para su lanzamiento fue una sala de la Asamblea nacional. El CRAN pretende ser un interlocutor institucional ante los poderes públicos haciendo aparecer, dentro de las actividades de investigación, la diversidad y especificidad de los “negros de Francia”. La afirmación de una homogeneidad que agrupa a todos los franceses, sin tener en cuenta su singularidad, se considera ahora a menudo como el origen de los problemas. Por el contrario, la pertenencia a otros grupos de la comunidad nacional aparece como una solución a los ojos de una parte de la población. Parece natural y lógico cuando se habla de “solución” que se haga referencia a una situación de inferioridad de ciertos franceses. El reagrupamiento por intereses debería permitir remediarlo: cada grupo defendiendo mejor sus intereses parciales evitaría que se le olvidara en el reparto de la riqueza. El problema es que no se trata sólo de repartir el trabajo y el reconocimiento social. La difusión de una concepción comunitarista de la sociedad plantea también el problema del reparto del poder, de su definición y de la evolución de sus prácticas.

El comunitarismo: un juego de poder

Parecería como si la sociedad francesa poscolonial, reflejo del mundo poscolonial,

hubiera acabado con el pacto republicano y con los fundamentos unitarios de la nación, de los que hemos hablado anteriormente evocando a Alsacia y Lorena. Es significativo al respecto que el debate sobre el multiculturalismo americano haya sido asociado por ciertos autores a la cuestión de la Carta de las lenguas regionales. Esta Carta editada por el Consejo de Europa fue sometida al voto de los Estados miembros a partir de 1992. En 1996 el Consejo de Estado francés emitió un comunicado contrario a la firma, dado que implicaría modificar el artículo 2 de la Constitución, que establece⁵ que el francés es la lengua de la República. En mayo de 1999 el primer ministro socialista Lionel Jospin la firmó. En junio de 1999 el Consejo constitucional, influido por el presidente de la República, Jacques Chirac, rechazó ciertas cláusulas vinculantes para las partes contratantes. La razón invocada era que contradecían los principios de indivisibilidad de la República, de igualdad ante la ley y de unidad del pueblo francés en la medida en la que tendían a conferir derechos específicos a “grupos” lingüísticos en el interior de los territorios en los que se practican estas lenguas. Las polémicas han sido muy vivas en Francia al objeto de fundamentar bien esta decisión. Uno de los autores comprometidos en los debates y movilizado contra la Carta, René Andréu, ha escrito en 1999 un libro titulado “El feudalismo vuelve. Reflexiones sobre la carta de lenguas regionales o minoritarias”; en 2000 “La deriva multiculturalista. Ensayo sobre las formas del comunitarismo”; y en 2005 “Libertad, igualdad, Islam. La república frente al comunitarismo”. En 2003 se fundó también la web “Observatorio del comunita-

rismo”. Sus focos de interés más pregonados son el laicismo y el comunitarismo como adversarios de los principios republicanos, la desmemoria histórica, la extrema izquierda en las organizaciones musulmanas, la discriminación positiva, el terrorismo intelectual, el racismo y el antisemitismo, el islamismo radical, la homofobia, las minorías regionalistas en Francia y el Europa, el lobby cristiano en Europa. Recordemos que la palabra “comunitarismo” no aparece todavía en el diccionario de la Academia. También que las comunidades de inmigrantes se reagrupan en barrios (en Marsella, en París), y estos reagrupamientos no aparecían como portadores de ideologías; el reagrupamiento comunitario no es un “ismo” que desde hace poco traduce un sentimiento de amenaza, de posible conquista de espacios de poder en el seno de la sociedad. Igualmente polémica es la cuestión de las estadísticas. Las estadísticas francesas no consignan el país de nacimiento de los padres. La administración es pues ciega con respecto a los reagrupamientos comunitarios, puesto que no empadronan más que a los franceses, cualquiera que sean los orígenes de los no franceses. En el año 1990 un debate intelectual entre dos demógrafos tuvo gran resonancia: Michele Tribalat, investigadora del Instituto nacional de estudios demográficos, pedía una reforma de las estadísticas que permitiera empadronar las categorías étnicas en el seno del grupo “francés”. Tribalat defendía la idea de que la ceguera voluntaria de la administración era un error doloso, que representaba el rechazo de admitir los vínculos entre ciertos problemas sociales y sus orígenes. Hervé le Bras, director de estudios de la EHESS y director de investiga-

ción en el INED, acusaba a Michele Tribalat de “hacer el juego al Frente Nacional”, pues este último había contribuido a que los hijos de los magrebíes o de los subsaharianos fueran a menudo designados como inmigrantes además de cómo franceses⁶.

El debate sobre la contabilidad del origen étnico no es simple, ya que es cierto que el mundo no puede a veces anticipar los problemas al no poseer una visión algo más precisa de la evolución de la población a nivel local. Pero también es cierto que los hijos de inmigrantes no desean forzosamente que se les recuerde su origen a cada instante, sobre todo si quieren emanciparse de la comunidad en la que han crecido. No todos los hijos de inmigrantes magrebíes o de África negra ven a Francia como un ser hostil, sino que por el contrario hay una diversificación ideológica que hace difícil de delimitar el pasaje político francés.

La situación es en efecto aún hoy complicada por la aparición desde hace unos veinte años de un integrismo musulmán proselitista⁷ que lleva a cabo estrategias de control de poblaciones de cultura musulmana para que lleguen a ser o vuelvan a ser practicantes. La cuestión femenina es primordial. Las mujeres de cultura musulmana se dividen de forma que unas adoptan una práctica bastante rigurosa del Islam, mientras que otras se convierten en ardientes y leales republicanas para defender una legalidad que protege los derechos de la mujer de la influencia comunitarista. La concepción de la nación defendida por unas u otras no está unida al origen de los padres, sino a su elección personal.

El activismo islamista, por otro lado, ha despertado la parte dormida del catolicismo francés militante, lo que contribuye a volver a activar otro pilar de la homogeneidad francesa: la neutralidad del Estado frente a las religiones desde 1902, fecha de la ley de separación de las iglesias y el Estado.⁸ La identidad musulmana no se define forzosamente como rival de la identidad nacional francesa. Sus representantes buscan sobre todo hacer evolucionar el sistema laico francés para aumentar con ello sus posibilidades de influencia y de control sobre las poblaciones musulmanas en beneficio de una *Umma* más grande que Francia. Resulta verdaderamente difícil precisar desde el punto de vista geopolítico si esta nueva tendencia se puede definir como exterior (a imagen y semejanza de los enemigos exteriores que contribuyen a forjar el sentimiento nacional) o interior.

La reflexión intelectual y la difusión de informaciones sobre la cuestión del comunitarismo es un reflejo de la inquietud que provoca ver cómo se debilita la tradición

El activismo islamista, por otro lado, ha despertado la parte dormida del catolicismo francés militante, lo que contribuye a volver a activar otro pilar de la homogeneidad francesa: la neutralidad del Estado frente a las religiones desde 1902, fecha de la ley de separación de las iglesias y el Estado.

individualista de la ley francesa que considera que los lazos comunitarios de los ciudadanos no afectan a la gestión de los asuntos públicos. Al volver a publicar en una colección de bolsillo la obra de Voltaire sobre Mahoma (*Zaire, Mahomet, Nanine et l'Écossaise*) en 2004, Garnier-Flammarion devuelve a los franceses que se reconocen en la ideología volteriana, cualquiera que sea el color de su piel y la fecha de su llegada al país, a un origen político que se contradice con la afirmación de los derechos comunitarios. Este origen es reivindicado en nombre de la libertad individual por una parte de los hijos de la inmigración como un vínculo fundamental y actual de todos los franceses. Para resumir se puede decir que Voltaire sería una raíz nacional que permanece común a franceses de horizontes diferentes. Esta filiación es rehusada por otros en el nombre de la libertad. La cuestión es si se está frente a una cuestión política, o más bien de defensa y conquista por parte de determinados grupos de parcelas de poder, no sólo referentes a aspectos culturales.

Lo que está en juego no es sólo una cuestión filosófica, puesto que más allá de los debates intelectuales se sabe que entre el 15 y el 20% de los franceses votan al Frente Nacional, un partido nacionalista cuya ideología autoritarista puede dar pie a enfrentamientos civiles brutales.

Nación y elecciones

Lo que está en juego no es sólo una cuestión filosófica, puesto que más allá de los debates intelectuales se sabe que entre el 15 y el 20% de los franceses votan al Frente Nacional, un partido nacionalista cuya ideología autoritarista puede dar pie a enfrentamientos civiles brutales. Recordemos que los disturbios del mes de noviembre de 2005 dejaron dos muertos. La violencia no procede por ahora directamente de las filas del Frente Nacional, que ha optado por controlar a sus militantes para tener acceso a un abanico de electores más amplio, pero los disturbios e incendios de coches son en general justificados como la respuesta a una voluntad de segregación racial en la que el Frente Nacional representaría la punta emergente. Los datos sobre crímenes y actos racistas son recogidos en Francia en la medida en que son denunciados por la Comisión nacional consultiva de los derechos del hombre (CNCDH). Su informe del año 2005 detalla 974 acciones y amenazas racistas, xenófobas y antisemitas en 2005, frente a 2574 en 2004.

Desde luego no es sólo en la extrema derecha donde hay racistas y antisemitas (hay que contar con el antisemitismo árabe o musulmán, incluyendo los negros musulmanes,⁹ y los racismos antiblancos), pero lo cierto es que la CNCDH atribuye a la extrema derecha más del 40% del conjunto de estos actos. Para luchar contra la realidad y el sentimiento de discriminación contra una parte de los franceses se ha creado en diciembre de 2004 una Alta Autoridad de Lucha contra las Discriminaciones y para la Igualdad (HALDE).

Más allá del impacto, muy importante, del Frente Nacional, las reivindicaciones comunitaristas comprometen también en buena medida a los demás partidos. Se observa tanto a nivel local como a nivel nacional. Por ejemplo, la vida política de Marsella, una de las ciudades más cosmopolitas de Francia desde siempre, se distingue por la importancia electoral de los nombres de familia censados que reflejan pertenencias comunitarias: “Primera forma de seducir a una comunidad imaginada¹⁰: hacer figurar a algunos de sus miembros en las listas de elegibles o electos, o, mejor aún, hacerlos elegir”. “Para acceder a la esfera de los elegibles, ocupar puestos en un grupo comunitario organizado es un triunfo. A cambio ser elegible o electo permite acceder a puestos comunitarios” (p. 273). Es “una visión comunitaria del mundo que los políticos niegan al mismo tiempo que la practican”, y como no es siempre fácil encontrar un elegible representativo de un grupo “la forma más corriente de acceder a estas comunidades inaccesibles consiste en devolverlos a una religión supuestamente dominante en el grupo. A riesgo de graves alteraciones en el pacto republicano oficial, (...) son designados como comunitarios todos los grupos religiosos a excepción del grupo católico, que no es nunca mencionado exactamente como “comunidad”. De forma que el término “comunidad” toma el sentido implícito de “minoría” en un paisaje político donde los católicos juegan el papel implícito de una mayoría de hecho”. La ciudad de Sarcelles (58000 habitantes), en Île de France, es también conocida por la importancia de la población judía que reside allí desde los años 60. Justo hasta

los 80 la coexistencia entre comunidades muy variadas no ha presentado particulares problemas. Desde hace 15 años por el contrario los enfrentamientos y rivalidades se multiplican. La población es por ejemplo muy reactiva hacia los acontecimientos de Palestina e Israel. La clase política local y el alcande Dominique Strauss Kahn, precandidato socialista a la presidencia en 2006, contemporiza con los representantes de las comunidades intentando prevenir los riesgos de escaramuzas o choques interétnicos. Y esto no sólo ocurre en Île de France.

A nivel nacional la candidatura de Nicolas Sarkozy a la presidencia se percibe como un riesgo por la izquierda, no sólo porque es un adversario de derechas, sino porque ha demostrado querer apoyarse en los representantes comunitarios para mantener la calma o para encontrar relevos electorales. Un artículo del periódico *Le Monde*¹¹ se titulaba por ejemplo “Sarkozy: las comunidades, soy yo”, y arrancaba con el siguiente resumen: “Todo candidato a las presidenciales debe tener cuidado de los grupos constituidos, especialmente los religiosos. El propio presidente de la UMP ha hecho de ello la base de su acción política y de su futura campaña. Analícese la agenda del ministro del interior, tan llena como abigarrada: El 17 de febrero Nicolas Sarkozy recibía en un almuerzo en la plaza Beauvau a una veintena de representantes de la *élite beure*.¹² Esa misma tarde participaba en una cena en Alfortville del Marne) en presencia de seiscientos franceses de origen asiático reunidos con ocasión del año nuevo chino. Tres días más tarde hacía una

aparición destacada en la cena del Consejo representativo de las instituciones judías de Francia (CRIF). La reunión de Alfortville la había preparado Abderrahmane Dahmane, presidente del Consejo de los demócratas musulmanes de Francia y secretario nacional de la UMP para las relaciones con las asociaciones francesas surgidas de la inmigración. Esta velada fue productiva para el futuro candidato a la elección presidencial. Tras haber saludado a sus anfitriones, *personas que trabajan respetando las leyes y que sólo tienen la preocupación de integrarse*, el señor Sarkozy se marchó del Hotel Chinagora con una escultura que representaba una salida del sol y una caligrafía gigante que llevaba la inscripción en chino *Sarkozy en 2007*. “Esta comunidad, que fue víctima del comunismo y que adora la firmeza, la autoridad y la noción de jefe, se ha hecho partidaria en un 90% de Sarkozy”, asegura el señor Dahmane. Los vínculos del presidente de la UMP con la comunidad judía son antiguos. Sarkozy recuerda con agrado que su abuelo materno perteneció a ella. Tras anudar estos

vínculos durante su paso por la alcaldía de Neuilly-sur-Seine, se reafirmaron estrechamente desde su entrada en el Ministerio del interior (y de los cultos religiosos), en la que Sarkozy ha combatido muy mediáticamente el antisemitismo”. El presidente de la UMP, proseguía el columnista, “se distingue de sus rivales por tener en cuenta la influencia creciente del hecho comunitario en la sociedad francesa. Y ha preferido caminar junto a este movimiento en vez de frenarlo”.

Sarkozy se ha declarado favorable a una reforma de la ley de 1905 que establecía la separación de las iglesias y el Estado, siguiendo supuestamente a una parte de la sociedad francesa, y la ha incluido en el programa de su partido con el fin de alcanzar el “zócalo” o “pedestal” republicano de la neutralidad, y por tanto de la unidad nacional. Roselyne Bachelot, secretaria general de la UMP, incide en esta misma línea explicando que “la nostalgia del crisol republicano no es en ningún caso operativa, y el fenómeno comunitarista es inevitable en una sociedad globalizada”, por lo cual decidió apoyar la creación del Consejo representativo de las asociaciones negras de Francia (CRAN).

Los franceses estarían así divididos entre “los antiguos y los modernos”, debiendo enfrentarse a la emergencia de un “modelo posrepublicano”.¹³ Desde el poscolonialismo hasta el posrepublicanismo, los que se movilizan por la defensa del modelo se encuentran en cierta manera conminados a demostrar su modernidad por no desaparecer. Habríamos así entrado en un perio-

La geopolítica interna de Francia se centra también en el análisis de las rivalidades territoriales. Hay asimismo en Francia lo que llamamos “nacionalismos regionales”. Las tres regiones concernidas en primer lugar por este tipo de movimientos regionalistas son Córcega, Bretaña y el País vasco.

do de fuerte competencia entre diferentes concepciones de la nación, en el cual están en juego la definición de la unidad y su relación con la diversidad, y, a más corto plazo, las victorias electorales.

Unidad y diversidad en Córcega

No sólo evoluciona la idea que uno se forma de la nación, sino también la que hace referencia al territorio y a los poderes locales. Durante los “treinta años gloriosos”, los años de celebraciones fastuosas de la posguerra, Francia ha caminado hacia una administración muy centralizada, eficaz en ciertos aspectos pero absurdamente pesada en otros. Con la llegada de los socialistas al poder (1981) se desencadena un proceso de descentralización que ha vuelto a poner en marcha los movimientos a favor de la unidad territorial francesa. La geopolítica interna de Francia se centra también en el análisis de las rivalidades territoriales. Hay asimismo en Francia lo que llamamos “nacionalismos regionales”. Las tres regiones concernidas en primer lugar por este tipo de movimientos regionalistas son Córcega, Bretaña y el País vasco. El caso de Córcega es el más conocido, pues existe un grupo armado nacionalista corso, a menudo dividido en facciones rivales, más peligroso en todo que los de Bretaña y el País vasco. Hay un grupo terrorista bretón, que ha nacido a una joven en abril del 2002; cuarenta atentados han sido cometidos entre 1993 y 2004, que no han originado víctimas corporales, y la violencia no puede apoyarse en ningún grupo estructurado con capacidad de elaborar un discurso para legitimarla. En

el País vasco francés, si se cree la estadísticas de la policía, Iparretarrak habría cometido más de 250 atentados, de importancia diversa, entre 1973 y 2000.¹⁴ Ninguna de estas acciones ha tenido el alcance de los atentados de ETA. Las víctimas de este grupo han sido asesinadas en los choques con la policía. Son el jefe Felipe Bidart, detenido en 1988, y condenado a cadena perpetua por la muerte de dos CRS y un gendarme. En el transcurso de un tiroteo otro gendarme ha sido asesinado, pero no ha habido una estrategia deliberada para sembrar el terror en Francia. El FLN tiene más muertes en su activo y los nacionalistas corsos han actuado por el contrario para intimidar y obligar a marcharse a los continentales, denominados “los franceses” (“los franceses fuera” podía leerse en los muros en los años ochenta”) Ellos han pretendido crear por la fuerza una unidad cultural y política en la isla.

El caso de Córcega es singular en más de un asunto: los estudios sobre este terrorismo nacionalista han establecido la relación que él mantiene con *“un sistema político local todavía extensamente fundado sobre los clanes y las cadenas de solidaridad entre las familias (...) el recurso a la violencia ha permitido (...) a ciertos nacionalistas romper el monopolio de las relaciones con el poder central detentado por los notables de la isla”* En los años noventa luchas internas en el movimiento nacionalista armado, a menudo ligadas a rivalidades de intereses financieros e inmobiliarios, han provocado una serie de criminales ajustes de cuenta entre los corsos. La violencia en Córcega mezcla estrechamente conflictos de carác-

ter privado y controversias de orden público: la frontera entre estos dos tipos de acción violenta es a menudo tenue y los conflictos de intereses personales explican buen número de acciones legitimadas por sus autores bajo la cobertura de nacionalismo. Siempre constituye una de las singularidades de la sociedad corsa, que hace problemática la respuesta aportada por los poderes públicos.¹⁵ El movimiento clandestino corso sería responsable de una manera directa de una cincuentena de asesinatos y ciertas estadísticas hacen aparecer esta dimensión mafiosa: entre 1975 y 1995 se cuenta siete gendarmes y policías asesinados, así como un alto funcionario (el prefecto Claude Erignac fue asesinado en 1998), nueve militantes antinacionalistas, once ajustes de cuenta con los miembros del Milieu corse. La oposición al Milieu insular ha devenido una “guerra de mercados, destinados a diseñar las líneas de distribución geográfica del monopolio del tráfico de estupefacientes”¹⁶.

En 1991, en un intento de salida del conflicto armado, el gobierno francés hizo votar un estatuto especial para la isla, comparable al de los Territorios de Ultramar. En esta ocasión, el Tribunal Constitucional¹⁷ rehusó la mención de “pueblo corso” en el artículo 1 de la ley, así redactada originariamente: “La República francesa garantiza a la comunidad histórica y cultural viva que constituye el pueblo corso, parte del pueblo francés, los derechos a la preservación de su identidad cultural y a la defensa de sus intereses económicos y sociales específicos. Estos derechos ligados a la insularidad se ejercen en el

respeto a la unidad nacional, en el marco de la Constitución, de las leyes de la república y del presente estatuto”. Este reconocimiento no ha sido juzgado conforme al preámbulo de la Constitución de 1958, que postula la unidad del pueblo francés, ni a su artículo 2, que consagra la indivisibilidad de la República, ni a su artículo 3, que designa al pueblo como solo detentador de la soberanía nacional. El problema corso ha obligado a la República a reafirmar, muy recientemente, el postulado fundamental de la unidad. Esto puede ser replicado en función de la diversidad de los componentes de la acción, y se puede justificar también si se tiene en cuenta la enorme diversidad de las poblaciones a las cuales se refieren los regionalistas o los nacionalistas.

La idea de un pueblo corso se funda, en efecto, sobre los signos exteriores de una cultura singular, cuya realidad parece incontestable, porque se la encuentra en una isla. Pero es hacer poco caso de los 400.000 corsos del exterior, una parte de los cuales se implica a través del voto en la política de la isla, o por medio de la administración francesa, la armada y la policía que están bien provistas de corsos (venidos de una isla pobre, los corsos han hecho a menudo carrera en la armada). Esta representación del pueblo corso como objeto cultural dotado de poderes políticos no tiene en cuenta a los inmigrantes. Después de la presentación, en 2003, de un atlas de población inmigrante en Córcega, publicado por el Comité regional para la información estadística y social, los responsables de este trabajo anotaban que

“En 1999 la población inmigrada insular consta de 26.000 personas, habiendo adquirido de entre ellos 5.500 la nacionalidad francesa. Córcega es, después de la Isla de Francia, la región donde la presencia de inmigrantes es la más elevada (10% de la población total). Con más de 11.000 representantes, los nativos de Marruecos forman distanciadamente la primera comunidad inmigrada de la isla. Vienen después los nativos de Italia (4.900 personas) y de Portugal (3.200). Cada una de estas comunidades presenta características bien diferentes: los inmigrantes italianos son la mayor parte de más edad y a menudo han adquirido la nacionalidad francesa.. La comunidad marroquí es mayoritariamente masculina (seis hombres por cuatro mujeres). Los portugueses son destacadamente jóvenes. 33 años de media. En Córcega, 35.000 personas, de las cuales 16.300 son niños, viven en el seno de una familia en la que al menos uno de los padres es inmigrante. Llegadas a menudo en el marco del reagrupamiento familiar, las mujeres inmigrantes viven frecuentemente en familia, mientras que una tercera parte de los hombres tienen otro modo de vida: personas aisladas, en cohabitación o vida en comunidad”.

De hecho, los problemas de violencia racistas aparecen a menudo como un problema grave en la isla de la Belleza. La “resistencia” a la invasión misma ha sido en 1975 un detonador de la lucha armada. Es en efecto después de enfrentamientos violentos entre la policía y manifestantes, que protestaban contra el asentamiento de franceses repatriados de Algeria en la llanura de Aleria, cuando se ha constituido el Frente de Liberación de Córcega.¹⁸

En fin, las rivalidades internas son muy intensas en la isla y significativamente duraderas. De un lado y otro de la cadena de montañas central (más de mil metros de altitud) se han desarrollado dos redes políticas y económicas diferentes en viva competición unas contra otras. Es lo que explica que haya desde 1975 dos departamentos corsos (para una población de 260.000 habitantes) y que en 2004 los corsos hayan rechazado en referéndum la creación de una comunidad única y la desaparición de los departamentos, aunque el Parlamento nacional, la Asamblea de Córcega, el presidente de la República y el Gobierno lo hayan aprobado antes.

En Bretaña, sociedad diferente de la que se encuentra en Córcega, la aspiración a una más grande cohesión territorial está en el corazón del movimiento regionalista.

La construcción de un territorio regional bretón

Bretaña es una región equivalente en extensión y población a Galicia (2,9 millones de habitantes y 27.000 Km²). 26 diputados sobre 577. No tiene la influencia geopolítica directa de una gran región como la Isla de Francia (11,3 millones de habitantes, 99 diputados), pero cuenta en contrapartida enormemente en la elaboración de representaciones contradictorias respecto a la nación francesa, en tanto que su territorio tiene la forma de una península alargada, cuya imagen es fácilmente reconocible en el mapa de Francia. Bretaña abraza un movimiento autonomista e inde-

pendentista desde el comienzo del siglo XX (Un himno nacional bretón es compuesto en 1897 y la Unión regionalista bretona se crea en 1898), pero jamás ha alcanzado la amplitud de los movimientos de este género en España. Esta ideología reposa sobre la existencia, en la parte occidental de la península, de una lengua celta que se ha mantenido hasta nuestros días, y sobre la realidad histórica de un ducado de Bretaña, anexionado a Francia en 1491 mediante el matrimonio del rey de Francia Carlos VIII con Ana de Bretaña y por un edicto de Unión, rubricado y publicado en Nantes el 13 de agosto de 1532. Todos los ingredientes de un nacionalismo comparable al del País vasco español reúne Bretaña: una lengua diferente, interpretaciones de la historia que muestran la felonía del rey de Francia, la idea de una independencia antigua, una iglesia local favorable a esta ideología. Existe también una parte del territorio que los regionalistas y nacionalistas bretones reclaman, excluido de la región administrativa actual por unas razones que no es posible desarrollar aquí, la región de Nantes. Pero el movimiento carece de alcance, porque, de una parte, la República y el Estado disfrutaban en Francia, incluida Bretaña,¹⁹ de una real legitimidad, y, de otra parte, porque el movimiento nacionalista bretón se ha quemado las alas él mismo al colaborar, durante la segunda guerra mundial, con los nazis.

Un pequeño grupo de nacionalistas aprovechó, en efecto, los años de ocupación para crear una serie de instituciones bretonas de las que tomaron el control: radio, instituto celtaico, comité consultivo de Bre-

taña, unión folclórica. Igualmente, para hacer la selección de una versión unificada de la lengua bretona, aceptaron el arbitraje del militar alemán al frente de la región (el *sonderführer* Weisgerber). El fin de la guerra provocó la dispersión de estos dirigentes nacionalistas: fueron condenados a muerte o a la indignidad nacional. El contexto histórico de la afirmación de un racismo favorable a la pureza bretona, comparable a la ideología de Sabino Arana en el País vasco español, ha desprestigiado durante largo tiempo a este movimiento. El periodo de la segunda guerra mundial es casi tabú en Bretaña, al punto de que la resistencia de los bretones al enemigo pasó igualmente, más o menos, en silencio.

Durante los años cincuenta y sesenta Bretaña ha conocido por otra parte un periodo de gran movimiento de emprendedores, de un mundo asociativo muy activo, de agricultores sindicalizados, para avanzar sobre el retraso económico que la caracteriza y frenar la emigración de los jóvenes. Los diputados de la derecha local han constituido un grupo de presión propio en la Asamblea nacional, el Comité de estudios y de la unión de los intereses bretones (CELIB), que es originariamente, en 1953, un plan de modernización y equipamiento de la región, y unía a hombres políticos, empresarios, universitarios de toda clase. Igualmente, una generación pujante de empresarios, a menudo partiendo de la nada, han creado empresas hoy punteras, y su éxito funda la idea de que Bretaña ha sabido tomar su revancha sobre su pasado de pobreza: la región cuenta hoy con una veintena de emprendedores fundadores

de imperios financieros, que avanzan este cuadro,²⁰ y se llaman “bretones de origen” e invierten en Bretaña . El tabú sobre el periodo histórico anterior, y la representación de Bretaña como una región en lucha por el futuro de su juventud, ha hecho resucitar el sentimiento, afecto a numerosos bretones, de formar parte de una comunidad de destino.

Este sentimiento regional acaba de tomar un nuevo vuelo con la llegada de los socialistas al poder regional, en coalición con los ecologistas, un pequeño partido nacionalista casi insignificante electoralmente, denominado Unión Democrática Bretona, y personalidades influyentes de extrema derecha, defendiendo ideas regionalistas. Los Verdes también se han vinculado a la ideología regionalista para combatir lo que ellos llaman en su programa “el centralismo sofocante y el jacobinismo arcaico que caracterizan aún a la organización política y administrativa de Francia”, que ellos oponen a una “sensibilidad bretona”. No definen el contenido de esta expresión. Por lo tanto esta “sensibilidad” no es una realidad tan simple.

De un lado la lengua bretona no es mas que el patrimonio de una parte de Bretaña, englobando la punta de la península (el departamento de Finistère, la mitad de los de Côtes d’Amor y de Morbihan hasta una línea que une a Vannes y Saint Briec). En la parte oriental se hablaba una lengua romana, llamada “gallo”, que hoy no es empleada más que por una decena de miles de personas. El combate lingüístico actual se caracteriza por la voluntad de hacer coin-

cidir, en nombre de la sensibilidad bretona, el territorio del antiguo ducado de Bretaña con el uso de la lengua bretona unificada. Es el mismo caso de la Navarra del sur con la lengua vasca, aún cuando haya podido ser hablado el vasco hasta el Ebro, mientras no existe prueba del uso anteriormente del bretón en Rennes. Es un caso equivalente al del norte del País vasco, donde se da como una evidencia que Bayona es la capital del País vasco, sin precisar que esta ciudad, antes de ser francófona, estaba incluida en el conjunto lingüístico gascón , y no vasco. Es para construir una adecuación entre el territorio lingüístico y el territorio político por lo que se imparten cursos de bretón en Bretaña occidental y múltiples publicaciones o conferencias asocian sistemáticamente el territorio de Bretaña a la lengua bretona. En los paneles indicadores de rutas bilingües Rennes es bautizada “Roazhon” y los nombres de calle de la ciudad permiten un nuevo rótulo a la lengua bretona. Sin embargo, en las regiones alrededor de Rennes los autóctonos no han conocido jamás la ciudad bajo el nombre de Roazhon hasta hoy. El nombre de Rennes es el resultado de la evolución hacia el gallo, después hacia francés desde el nombre de la tribu gala de Redones. Sólo en Brest y en Quimper los bretófonos la llamaban “Roazon” (se decía también “Rôon” en otras partes de Bretaña oriental) de la misma manera que existe igualmente una traducción en bretón del nombre de ciudades situadas fuera de la zona bretófono: los topónimos de Burdeos, Paris, Le Havre se traducían en bretón como Bourdel, Pariz y An Havr Nevez, pero que nadie sueña con rebautizarlas de este modo es evidente. El caso de Rennes, por el contrario, se inscri-

be en una estrategia geopolítica, que mira a consolidar la representación de una región y la legitimidad de las reivindicaciones lingüísticas. Es lo que se desprende, por ejemplo, de la frase del presidente del consejo regional de Bretaña: “La lengua bretona pertenece a todos los bretones; es una componente esencial de nuestra identidad y un acicate para el desarrollo e Bretaña.”²¹

La tarea es difícil: el bretón es hablado por 250.000 personas, de las cuales 13.000 son de menos de 40 años y el 0,2 jóvenes de 15 a 20 años. Cada año desaparecen 15.000 bretófonos de avanzada edad. Se ha producido un verdadero abandono de la lengua bretona, asimilada a una lengua de campesinos, por la nobleza, la burguesía a continuación, a partir de los años de 1950, y finalmente el conjunto de la población, comenzando por las mujeres. Se ha acelerado en el siglo XIX con la política de difusión voluntarista, a menudo autoritaria, del francés, asociada a la puesta en escena de la escolarización obligatoria para todos los niños, la entrada de Bretaña en la era de los desplazamientos modernos

La cadena de transmisión de la lengua se ha roto tanto más de prisa cuanto que el bretón es una lengua esencialmente oral. Es una situación bastante comparable a la del euskera, con la diferencia que hoy la lengua bretona está al borde de la extinción.

(era necesario hablar francés para hacerse comprender en Rennes, la capital), y el desarrollo de los medios de comunicación, la televisión y la prensa. La cadena de transmisión de la lengua se ha roto tanto más de prisa cuanto que el bretón es una lengua esencialmente oral. Es una situación bastante comparable a la del euskera, con la diferencia que hoy la lengua bretona está al borde de la extinción.

La posible desaparición de la lengua bretona dramatiza la apuesta de un poder local creciente, el único en imponer el uso de la lengua como un ser viviente, que sería necesario colocar “bajo perfusión” en la boca y el espíritu de nuevos hablantes. El diario regional *Ouest France* sostiene y difunde la representación de una Bretaña personalizada caminando hacia la emancipación del poder parisino y salvando a la lengua bretona de este naufragio. Para una población, que tiene hoy un mejor nivel de vida que hace cuarenta años, el poder regional es una apuesta económica vital: es necesario que los empleos públicos y privados sean ofertados en el lugar de origen. En el contexto de una competencia creciente entre los territorios para atraer inversiones y empleos, el poder regional aparece como un eslabón fundamental del desarrollo económico local.

Una rivalidad creciente entre territorios

El factor económico es, sin lugar a dudas, un elemento clave para el futuro de las relaciones geo-políticas internas de Francia.

Es sorprendente comprobar cómo el regionalismo está siendo impulsado por los centros económicos regionales. En Bretaña, son los empresarios los que elevan más la voz y los que más empeño ponen en promocionar una imagen regional estereotipada. Para ellos la identidad es un sentimiento y una oportunidad para hacer negocios, esencial para movilizar a su vez a empresarios, inversores y consumidores.

“El crecimiento del futuro reside en los productos culturales. Después de la agricultura, la industria y los servicios, entramos ahora en la era de la producción cultural. Desde este punto de vista, la Bretaña tiene un tesoro fabuloso: su identidad, que es preciso construir hoy”²².

Los directivos de las empresas bretonas han financiado la edición, publicada por *Ouest France*, de una recreación histórica de Bretaña que silencia los episodios más sombríos del movimiento nacionalista bretón (Morvan, 2002, p. 254). El ejemplo más significativo de esta estrategia fue la creación en 1991²³ del “*Instituto de Locarno*”, a iniciativa de un economista y fundador de una cadena de supermercados. Situado en *Finistère*, tiene por objeto impulsar decisiones económicas que favorezcan a Bretaña (exportaciones, diseño de actividades empresariales, imagen de la región, etc...), aprovechar el sentimiento de identidad bretón para ensanchar las relaciones entre “*quienes tienen influencia y responsabilidad y quienes permanecen atados a sus raíces más profundas y lejanas*”.²⁴ Organiza seminarios para ayudar a los directores de empresas a adaptar sus

estrategias a las evoluciones de la economía mundial, para incitar en la región a la creación y mantenimiento de empresas y a analizar los resultados empresariales de otras regiones de Europa y del mundo. La cultura es presentada, por tanto, como un arma económica, como una garantía frente a los índices de desempleo. Asumiendo una perspectiva que se asemeja a la liberal, desde sus actividades trata de presentar al Estado como una realidad desfusada, con el fin de mejorar las posibilidades para una región expuesta a la competencia global. Su apuesta es la autonomía en un contexto europeo presidido por el principio de subsidiariedad.

“El mismo principio debe aplicarse dentro de las relaciones internas entre Francia y sus regiones. No se debe abordar a nivel nacional lo que no pueda mejorarse a nivel regional. El desplazamiento de poderes específicos hacia la comunidad europea debe ser acompañado necesariamente de una política de descentralización y de proximidad regional”.

De hecho, la mitad de los catorce millones de francos de inversión inicial fue financiada por fondos públicos (consejos generales, Región, Estado, Europa). Entre los miembros de su consejo de administración encontramos a empresarios como: Patrick Le Lay (TFI), Alain Glon (Glon-Sanders, harinas animales), Jean Jacques Goasdoué (transporte internacional), Jean Jacques Henaff (carne en conserva) y otros muchos, cuyos nombres habitualmente aparecen en la prensa regional (Loyer, 2005).

En el País Vasco francés es la Cámara de Comercio e Industria de Bayona la que lleva tiempo tratando de conseguir la división de los Pirineos Atlánticos en dos nuevos departamentos territoriales: País Vasco y Béarn. El País vasco francés está compuesto por tres provincias del viejo régimen que ahora no son legales pero que siguen contando con representación local: Labourd, Soule y Basse Navarre. Bayona, como se ha dicho, permanece al margen de estos territorios caracterizados, entre otras cosas, por el uso de la lengua vasca. Sin embargo, siendo como es la ciudad más importante de la región, los vascos de las zonas limítrofes acaban acercándose para trabajar o vender sus productos a Bayona, lo que explica que en este lugar, desde principios del siglo veinte, se hable y entienda junto al francés, el vasco y el bearnés.

Más allá de la historia lingüística de este territorio, la burguesía de Bayona ha causado desde el siglo XVIII un problema político continuado, a pesar de su tamaño y su rol económico. La ciudad ha sido relegada política y económicamente a un segundo plano. No es una Prefectura y hasta hace pocos años no ha sido sede de ninguna administración del Estado. En efecto, sus representantes no se movilizaron lo suficiente durante la revolución francesa precisamente por adoptar un posición de fuerza frente a las decisiones tomadas en París. Ellos han visto la conversión de su ciudad en un simple departamento territorial de los Pirineos Atlánticos, cuando la ciudad de Pau, mucho más pequeña, alcanzó el grado de Prefectura. Esto suscitó un malestar persistente a los bayoneses, especialmente

por razones prácticas: en primer lugar no había autopista entre ambas ciudades y las gestiones administrativas hacían perder demasiado tiempo a los empresarios del puerto que se quejaban de ello. Por otra parte, el Adour era utilizado como una vía de navegación, que discurría por el interior del territorio bayonés hacia el norte y hacia la ciudad de Dax, pero no hacia Pau. Por lo tanto, a pesar de las demandas que hiciera en el siglo XIX la Cámara de Comercio de Bayona, la distribución administrativa de los departamentos territoriales no ha sido revisada.

Pero el problema resurge bajo otra forma de nuevo en 1975. Esta vez, es el Presidente de la Cámara Comercio e Industria quien se moviliza para obtener una revisión de los límites departamentales, pero con la proposición de dividir en dos los Pirineos Atlánticos. Está fascinado por la pujanza de la economía vasca y el dinamismo de los empresarios al otro lado del Pirineo y piensa que este modelo puede exportarse fácilmente a Bayona, si consigue poner de acuerdo a los sectores patronales francés y español. Uno de los medios para acelerar este proceso de convergencia residía, desde su punto de vista, en el desarrollo de un sentimiento de destinos comunes, de una cultura común. Y es precisamente esta reivindicación de naturaleza económica la que aparece de nuevo en el discurso de los nacionalistas vascos, interesados en la separación del país vasco del Béarn, para trabajar en la fusión de los siete territorios de la nación vasca, de la que él espera la creación de un Estado Propio o de una entidad política unitaria parecida a un Estado.

En el 2006, desde la tregua de ETA, el antiguo presidente de la Cámara de Comercio de Bayona ha recuperado inmediatamente su bastón de peregrino para reafirmar el interés común de volver a estrechar los lazos entre el norte y el sur.

La preocupación por el desarrollo local es un fuerte motor de movilización colectiva. Candidatos locales, empresarios y asociaciones del País Vasco unifican sus esfuerzos en la misma dirección y se constituyen en un frente común, llamado *Lurralde*. Este frente no plantea problemas salvo en el en el sentido de pretender fundar una voluntad y una estrategia de separación de su vecino Béarn, en nombre de su propia identidad regional. El proyecto crea, en efecto, una especie de persona colectiva, llamada País Vasco, que tiene la necesidad vital de poder “decidir” sobre su futuro, y no seguir a expensas de su vecino (Béarn), cuyos habitantes son menos emprendedores. Esta rivalidad, como ya se sabe, no es nueva, aunque no entraremos aquí en el análisis de los diferentes estereotipos que se han construido sobre los bearneses y los vascos a raíz de este enfrentamiento entre Bayona y Pau.

El contexto actual es favorable para la expresión de estrategias, que son presentadas como la única solución para el problema de los asalariados, la cultura local, el desarrollo, la naturaleza, y el país en su conjunto. Asistimos al desarrollo de un auténtico “sistema geopolítico” regionalista, en el que todos los elementos de la región son percibidos de manera interdependiente. En un contexto económico competitivo,

empleo y cultura se asocian fácilmente a través de la idea de que es necesario ser visible para países lejanos, de donde vendrían los inversores, que aportan empleo. Esta convicción es reforzada aquí por la existencia de una comunidad autónoma “Euskadi” gobernada por nacionalistas vascos. El regionalismo francés cuenta de este modo de ayuda exterior, tanto financiera como ideológica. El PNV sostiene económicamente este tipo de demandas en los Pirineos Atlánticos, que por otra parte siempre han sido sede de operaciones de ETA. Igualmente, el país vasco francés representa para el PNV el territorio de la utopía más distante, indispensable para justificar la existencia de un partido nacionalista vasco, independientemente del nivel de poder alcanzado en España.

Conclusión: geopolítica interna de España

En España, la cuestión de los nacionalismos territoriales rivales acapara buena parte del debate político y parece contener toda la problemática de la unidad. La evolución de la situación española dependerá en buena medida de la relación de fuerzas existente entre los ciudadanos, a nivel nacional y en el seno de las comunidades autónomas donde los nacionalistas se han hecho fuertes. Pero también dependerá, desde mi punto de vista, de nuevos problemas que surgen a diario en toda España. Así, si las rivalidades territoriales en su expresión contemporánea son la herencia del siglo XIX, es la primera vez desde entonces que la evolución demográfica de la península cambia de naturaleza tan rá-

pidamente. Hoy la población crece gracias a la inmigración, cuya formación intelectual no se ha desarrollado en la historia española del siglo XX, ni en la guerra civil, ni el franquismo. Sería interesante hacer un estudio acerca de la proyección demográfica que dentro de cuarenta años tendrán en la vida política, económica y social del país los niños nacidos de la inmigración, cuando ellos alcancen la dirección de la vida económica, social y política del país. Una proyección que habría que ponderar en función de su representación en las diferentes comunidades autónomas: Cataluña, Madrid, la costa valenciana, y en menor medida, Andalucía, que serían las comunidades más afectadas por los cambios demográficos y, quizás, políticos.

De momento el País Vasco es relativamente ajeno al problema especial de la fuerte inmigración. Los nacionalistas vascos, si la geografía interna de los flujos migratorios no cambian demasiado, no serán confrontados como lo serán los nacionalistas catalanes en cuestiones relacionadas con los fundamentos teóricos de la unidad. Sabemos que con el concepto de “otros catalanes”, la representación del llamado “vacío” catalán es una característica de la política local. Es justo aquí donde esta concepción ha obtenido mayores éxitos porque el catalanismo es siempre un sentimiento mayoritario en esta comunidad autónoma. En las décadas que siguen tal vez podamos elucidar una nueva definición. El análisis de las posiciones políticas en las operaciones de urbanismo, del reparto de las viviendas de los trabajadores inmigrantes, de ricos y pobres, del desarrollo del litoral, es más que nunca necesario para vislumbrar hoy otros esce-

narios para el futuro de la vida política española. El lugar que hoy ocupa el derecho de los pueblos a depender de sí mismos, a hablar sus lenguas nacionales y regionales, se verá desplazado, en sus preocupaciones comunes, por la cuestión de la cohesión social, que como ya se ha visto en el ejemplo francés, está estrechamente vinculada a la representación geopolítica de la unidad.

La evolución de las contradicciones territoriales en España debe ser entendida por los franceses que hacen frente hoy a rivalidades del mismo orden. Los debates franceses en torno a la noción de comunidad nacional también suscitan estudios en España, donde sus problemas, sin ser similares, son comparables a los que se conocen en Francia, como acabamos de exponer. La comparación Francia/España debería de hacerse a escala entre territorios de extensión variada: Estados, regiones, ciudades, barrios, zonas litorales, agricultura intensiva, etc. Al fin y al cabo, los grandes problemas tienen origen o se inflaman a menudo en los pequeños territorios y el análisis agudo de estas situaciones ayuda a formular las posturas en curso.

A pesar de todo, los deberes que se derivan del tratado constitucional europeo, el camino recorrido después de cincuenta años en Europa y la permeabilidad de nuestras sociedades a las evoluciones internacionales, hacen posible hoy, desde mi punto de vista, la emergencia de una conciencia cargada de riesgos y futuras dificultades.

**Traducción de Eloísa Cabrera Martínez y
José María Seco Martínez**

¹ *Fragmento de Europa*, bajo la dirección de Michel Foucher, Fayard, 1993.

² Antes de Alemania los franceses tuvieron otro enemigo principal, el Reino Unido, cuyo rey poseía gran parte del territorio actual y con el cual nos enfrentó la llamada guerra de los 100 años, en la que surgió la heroína nacional Juana de Arco, adoptada ahora como símbolo del Frente Nacional. La unión de los habitantes de este territorio alrededor de un sentimiento de pertenencia común se ha forjado en el desarrollo de las guerras, en el transcurso de las cuales se ha configurado la imagen del “otro”, el enemigo, después quizás el aliado, pero fuera de un ser-en sí.

³ “La gran guerra trastoca las mentalidades y las estructuras de Francia, modificando profundamente la ecología de las poblaciones. Produce una mezcla social por la cohabitación de hombres de orígenes variados y una mezcla regional que, con el reagrupamiento de los regimientos, obliga a expresarse en francés. En la retaguardia las mujeres asumen las tareas que marcan el comienzo de su emancipación: la segregación de los sexos se va atenuando y con ella la diferencia entre registros masculinos y femeninos. Un efecto de esta mezcla es la generalización del francés. Los hombres, más conservadores hasta entonces en lo que concierne al uso de las lenguas regionales, pasan a equipararse a las mujeres en el uso del francés, donde ellas llevaban una generación de adelanto. Hacia los años veinte no es raro ver a una familia renunciar a los cambios en el idioma local a fin de ver aumentar el éxito social de los niños. *Nueva historia de la lengua francesa*, bajo la dirección de Jacques Chaurand, Seuil, 1999, p. 588.

⁴ Tenemos el ejemplo de esta canción de rap: La ira que me habita derribará vuestros muros. Que el Estado chupe mi pene, yo me he puesto la armadura africana. Con Francia no tengo ningún vínculo de parentesco, no soy de sus hijos. He vivido en la promiscuidad con los hijos del vicio. Visión caótica de una situación

diabólica. La historia ha hecho de mí Kery James el melancólico. Soy del esclavo el hijo, te anuncio el color de oficio. De oficio, yo me burlo de tu policía y tu justicia cuando quiero. Yo traigo de mi calle estos pensamientos extremos [...] Porvenir oscuro, el Estado me ha puesto un preaviso. Cada uno su visión, he aquí mi opinión. Pero nuestra visión no puede ser más que el reflejo de lo que uno vive. Aquí he visto demasiados horrores, no he vivido bastante felicidad. Yo no seré jamás feliz porque este sistema es el de ellos. Tengo miedo y sueño que mis hermanos adquieren relevancia. Pero cuando abro los ojos sólo lloro de rabia decepcionado. Es azul, blanca, roja como la sangre de los nuestros. Esta Francia no es amigablemente nuestra (Kery James, *Amigablemente vuestra*, Primera Clase, 1997).

⁵ Desde 1994.

⁶ La situación es de hecho complicada. El voto del Frente Nacional está asimismo unido estrechamente al aumento de la pequeña delincuencia, ya que los pequeños delincuentes suelen ser franceses de origen africano, blancos o negros, por razones sociales o políticas que no se pueden desarrollar en este artículo. Véase Bernard Alidières, *Géopolitique de l'insecurité et du Front national*, Armand Colin, 2006.

⁷ Hay asimismo en Francia un integrismo judío que comprende también grupos violentos y que se coloca como rival de los judíos laicos y ateos, pero, no siendo proselitista, no comporta el mismo problema geopolítico de los islamistas.

⁸ Artículo 1: “La República asegura la libertad de conciencia. Garantiza el libre ejercicio de los cultos...Artículo 2: La República no reconoce, ni funcionaliza, ni subvenciona a ningún culto...”

⁹ Los autores de acciones violentas antisemitas son mayoritariamente inidentificables (47%); los arabo-musulmanes representan el 41%, los de extrema derecha, un 10% del total de acciones violentas. Informe CNCDDH, <http://Les.rapports.La.documentation.française.fr/BRD/064000264.pdf>

¹⁰ Michel Peraldi y Michel Samson, Gouverner Marseille, *Enquête sur les mondes politiques marseillais*, La Découverte, 2005. El capítulo dedicado a esta cuestión se llama “comunidades imaginarias y electorales”, y comienza con el análisis de la movilidad y la diversidad de las poblaciones como elemento relativizante, el “mito comunitario”. Ellos juzgan “improbable” el reflejo comunitario y ven como prueba las dificultades del poder local para encontrar una “comunidad musulmana suficientemente madura para remontar las rivalidades entre musulmanes de orígenes diversos sobre la cuestión de la construcción de una mezquita”. Los autores hablan de “mundos musulmanes” y de “mundos judíos” de Marsella.

¹¹ *Le Monde*, 8.03.2006.

¹² *Beurs* es el mote que sirve para designar a los franceses de origen magrebí. Era la forma de nombrarse entre ellos, pronunciando la palabra más o menos al revés los árabes de los barrios de la periferia. La palabra data de los años ochenta. Las jóvenes son llamadas *beurettes*.

¹³ La expresión es del sociólogo Michel Wieviorka, citado en el mismo artículo.

¹⁴ Barbara Loyer, *Identité et pouvoir local. Le cas de la revendication d'un département du Pays basque*, Hérodote, núm. 110, 2003, pp. 103-128.

¹⁵ Raymond Forni, Christophe Caresche, *Información de la Comisión de investigación sobre el funcionamiento de la fuerzas de seguridad en Córcega*. Asamblea Nacional 1999. <http://www.assemblée.nationale.fr/dossiers/corse/1999/r1918/t1/p1/asp>.

¹⁶ Xavier Crettiez, *Quelles violences?*, artículo publicado en *Le silence des armes. L'Europe a l'épreuve des séparatismes violents*, bajo la dirección de Xavier Crettiez y Jérôme Ferret. La documentation française, 1999, pp. 339

¹⁷ http://www.conseil-constitutionnel.fr/decision/1991/91290_dc.htm

¹⁸ Marianne Lefèvre, *Nouvelle Géopolitique des Régions françaises*, Fayard, 2005, pp. 850-875.

¹⁹ Recordemos que el Club de los jacobinos fue fundado en París por diputados bretones.

²⁰ La capacidad del mundo de la empresa bretona es tanto más original cuanto que la región era una suerte de desierto industrial y de prototipo de arcaísmo agrícola en los años 40. La región cuenta hoy con una veintena de empresarios nacidos en los años de 30 y 40, fundadores de imperios económicos que sobrepasan extensamente Bretaña como Patrik Le Lay (nacido el 6 de junio de 1942 en Saint-Brieuc), dueño de TFI, Jean Jacques Goasdoué (fundador y administrador de Transportes frigoríficos europeos (TFE), nacido el 6 de mayo de 1945 en Plougastel-Daoulas, François Pinault nacido en 1936 en las costas del norte, dueño, entre otras, de Redoute, Printemps, la FNAC, el semanal Le Point, Jean Guy le Roch, fundador de una cadena de distribución en el mercado internacional, que cuenta con más de 2500 socios y más de 3000 puntos de venta en Europa. Yves Rocher, empresario de productos cosméticos, Charles Doux, PDG del primer grupo productor de aves en Europa, Vincent Bolloré, cuyo grupo figura entre los 200 más grandes de Europa.

²¹ Campaña electoral del PS en 2004.

²² Jean Jacques Goasdoué, Transportes Frigoríficos Europeos y fundador de la librería Aularge, *Ouest-France*, 5.2.1998.

²³ El año de la independencia de las repúblicas soviéticas y el principio del conflicto yugoslavo.

²⁴ *Science Ouest*, no 105, noviembre 1994. El Instituto fue inaugurado en 1994 por el Príncipe Otto de Habsbourg, presidente de la Unión Paneuropea. La Unión Paneuropea es una asociación internacional que reconoce “la autodeterminación de los pueblos y el derecho de grupos étnicos al desarrollo cultural, económico y político” y defiende los valores cristianos en Europa.